

II Simposio Internacional Imagen y Cultura. Imagen de martirio, martirio de la imagen. Universidad de Valencia, 24-26 de octubre de 2018*

SEÑOR, DADNOS SANTOS CRUCIFICADOS. EL MARTIRIO EN LA CRUZ.

Reyes Escalera Pérez
Universidad de Málaga.

La colección del Museo Nacional del Prado cuenta con una pintura atribuida a Juan de Roelas titulada “Cristo ejemplo de mártires” (ca. 1615) en la que se representa a Cristo crucificado rodeado por los martirios de los doce apóstoles. Esta obra recuerda y evoca en el fiel la identificación entre Jesucristo y los mártires, más aún si éstos han sido crucificados. La importancia y trascendencia de este hecho, el martirio en la cruz, ha sido durante siglos preconizada por teólogos, ascetas, místicos, hagiógrafos y emblemistas, ya que era un gran “privilegio” sufrir y morir de la misma forma que el hijo de Dios. De ahí que Ribedeneira, cuando relata el martirio a que fue sometido san Andrés escribiera “encendido en amor de su Maestro, y deseoso de imitarle...; cuando vio la cruz se regocijó y dijo “Yo te adoro, o cruz preciosa, que con el cuerpo de mi Señor fuyste consagrada”.

Son muchos los textos devocionales que instan al creyente a seguir a Jesús rememorando sus sufrimientos y padecimientos. Así Tomás de Kempis, en su conocida obra *Imitatio Christi* (ca. 1418), manifiesta la importancia de morir en la cruz: “Mira que todo consiste en la Cruz y todo está en morir; y no hay otro camino para la paz verdadera e interior, sino el camino de la Santa Cruz y de la mortificación continua [...] Ninguno siente tan de corazón la pasión de Jesucristo, como aquel que padeciere penas semejantes a las que padeció el Redentor”. Del mismo modo, el conocido libro de meditación de Benedictus van Haeften *Regia Via Sanctae Crucis* (1635), con edición en castellano titulada *Camino Real de La Cruz* (1721) -estudiado por Santiago Sebastián- tiene como fin la meditación sobre la cruz.

Según Herodoto ya se conocía este suplicio en el Imperio persa, forma de ejecución que también era utilizada en Grecia, siendo en Roma un castigo habitual para personas del más bajo rango social. Antonio Gallonio en *Trattato de gli Instrumenti di Martirio, e delle varie maniere di martoriare usate da' Gentili contro Christiani* (Roma, 1591) dedicó un capítulo al martirio de la cruz incluyendo numerosas y extravagantes, a veces, formas de suspender los cuerpos en las cruces, aunque los tipos que citan las hagiografías y representan los artistas suelen ser el *stauron*, poste vertical al que era atado el reo, la cruz *immisa* o latina, la *commisa* o griega y la *decusata* o en aspa.

Son muy numerosos los santos y santas crucificados, muchos de ellos en la época de las persecuciones, otros en la Edad Media y los últimos a partir del siglo XVI en el contexto de las escisiones religiosas. Muchos de ellos protagonizaron dos martirologios ilustrados escritos por jesuitas; el primero es obra Bartolomé Ricci: *Triumphus Iesu Christi Crucifixi...* (Amberes, 1608), con estampas de Adrian Collaert, grabados que fueron utilizados años después por Pedro de Bivero en: *Sacrum*

* Este texto es un resumen (sin aparato crítico) del estudio que se presentó en el Simposio. El trabajo completo aparecerá en el libro en el que se recogerán todas las ponencias.

Sanctuarium crucis et patientiae crucifixorum et cruciferorum, emblematicis imaginibus laborantium et aegrotantium ornatum... (Amberes, 1634), obra que es descrita por Robledo Esteire como “una obscena glorificación del dolor a través de numerosas crucifixiones que se miran en el espejo de la crucifixión suprema, la de Jesús de Nazareth”. Este devocionario fue escrito especialmente para consolar a los que sufrían enfermedades y desgracias “para enseñarles a bien vivir y a bien morir” en palabras de Emile Mâle.

Los primeros crucificados, después de Cristo, fueron tres (o cuatro) de los apóstoles, aunque las leyendas asociadas a su martirio hacen distinguir claramente sus muertes de la de Cristo. San Pedro se negó a ser crucificado como su maestro, por lo que le pusieron cabeza abajo; san Andrés tuvo una muerte parecida, aunque Egeas, mandó “no enclavarle, sino atarle con sogas, para que el martiro fuesse mas prolixo”, como escribió Ribadeneyra; San Felipe, escribe el mismo autor: “después de averle açotado ásperamente, le crucificaron y mataron a pedradas, dando él muchas gracias al Señor, porque le hazia imitador de su Cruz” y de forma extraordinaria en algunas ocasiones también se representa a san Bartolomé crucificado: según el martirologio romano su muerte sobrevino tras desollarlo vivo, aunque la tradición oriental lo hace morir crucificado, “ahogado o decapitado”. como escribe Santiago de la Vorágine.

Muchos otros cristianos recibieron martirio en la cruz en estos primeros siglos del cristianismo, como Simeón (siglo II), segundo obispo de Jerusalén, que murió crucificado tras haber sido azotado cruelmente. En otras ocasiones este tormento era uno más de los suplicios a los que eran sometidos los reos. Así, los hermanos Cosme y Damián (siglo III) fueron azotados, arrojados al mar encadenados, intentaron quemarlos vivos, los ataron a dos cruces para morir lapidados y les lanzaron flechas, pero tanto éstas como las piedras cambiaban de dirección para herir a los verdugos, como reflejó Fra Angelico en “Crucifixión de los santos Cosme y Damián” (ca. 1438-1449, Alte Pinakothek, Munich), tabla que formó parte del retablo de San Marcos (Florencia). Como finalmente nada daba resultado, los mandaron decapitar. Lo mismo ocurrió con san Dionisio (siglo III), evangelizador en las Galias y primer obispo de París, que según la leyenda más conocida, y por tanto representada, sufrió diversas torturas –incluida la crucifixión- a las que sobrevivió para finalmente morir decapitado, con la salvedad de que se incorporó, cogiendo la cabeza y caminando hasta el lugar de su sepultura.

También las crucifixiones podían ser masivas, como las de los “Diez mil soldados”, que según una tradición, forjada en el siglo XII, murieron en el monte Ararat, habiéndose convertido momentos antes de su muerte por la intervención de un ángel.

Pero el martirio en la cruz no sólo se hizo efectivo en la época de las persecuciones, sino que dicho discurso martirial resurge en el siglo XVI; así encontramos a los “Mártires de Nagasaki”, que fueron crucificados el 5 de febrero de 1597.

En los libros de Ricci y Bivero ya citados también se incluyen historias e imágenes de niños crucificados, protagonistas de los “Libelos de sangre”, supuestos asesinatos rituales de infantes cometidos por judíos que recreaban de esa forma la muerte de Cristo. Entre ellos se hallan san Simón de Trento (1472), “santo Dominguito del Val” (1250) o el “santo Niño de la Guardia”.

Asimismo las mujeres fueron objeto de martirio en la cruz. Sus leyendas comienzan a aparecer a finales del siglo IV, y entre ellas destacamos a las santas Blandina y Eulalia, aunque quizá la historia (o historias) más truculenta y extraordinaria es la referida a Wilgefortis, Liberata o Librada, que aparece barbada.

Otro tema relacionado con el que nos ocupa son los religiosos que de manera simbólica van a experimentar la crucifixión, y también los que lo hacen de forma literal como penitencia para alcanzar la eternidad. Esta idea fue propuesta por el cisterciense Caesarius de Heisterbach en su obra *Dialogus miraculorum* (1219-1223), inspirándose en las palabras de san Pablo a los Gálatas (2,20): “Con Cristo estoy clavado a la cruz, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Este texto dio lugar a estampas e imágenes de monjes y monjas clavados en la cruz que ardientemente buscan la mortificación; este es el caso de santa Rosa de Lima (1586-1617) o santa Mariana de Jesús, “La Azucena de Quito” (1618-1645).

Esta identificación de la religiosa con Jesucristo se puede observar claramente en una estampa que ilustra el expediente de 1804 de la denuncia de un sermón predicado por Francisco Frías, prior del convento agustino de Nuestra Señora de los Dolores de Querétaro en las honras de su abadesa en 1792, estudiada por Nuria Salazar.

Relacionado con esta imagen se encuentra el tipo iconográfico de la *Religiosa mortificada*, alegoría de la esposa de la Cruz que se dispuso en diversas clausuras femeninas franciscanas. Así lo encontramos en las Descalzas Reales de Madrid y en el convento de Santa Clara de Montilla (Córdoba), entre otros, como ha estudiado Ángel Peña Martín. Estas pinturas se difundieron a través de grabados, como el de Marcos de Orozco de mediados del siglo XVII o el que insertó en su obra *La religiosa mortificada* (1798) Manuel de Espinosa, estampa que tuvo una gran fortuna en tierras americanas.

Ninguno de estos martirizados sufre; sus rostros son serenos, sus actitudes tipificadas. No son realidades tangibles ni objetivas, son imágenes simbólicas que estimulan a los fieles y les sirven de ejemplo de imitación ante el infortunio. Sus representaciones están idealizadas, incluso en su vestimenta, ya que aunque según los textos más antiguos la mayoría de ellos fueron crucificados desnudos, hubiera sido irrespetuoso representarlos así, debiéndose ocultar como escribe Interián de Ayala en *El pintor cristiano, y erudito* “aquellas partes que el mismo pudor y la naturaleza procuran encubrir”.

La crucifixión, como método de tortura ¿sigue vigente en los siglos XX y XXI? Desgraciadamente sí. Recordemos las dieciséis mujeres que en 1915 fueron crucificadas en el genocidio turco contra cristianos armenios. Y más recientemente, en 2016 nos sobresaltamos con las terribles imágenes grabadas en vídeo de cinco hombres “pecadores” crucificados por milicianos del Estado Islámico en las cercanías de Mosul.

En la actualidad, imágenes de crucificados o crucificadas siguen presentes; con ellas se denuncian causas sociales –malos tratos, genocidios o feminicidios-; se realizan críticas, como las fotografías presentadas por Winkler & Noah en la muestra *Awakening* para denunciar el “oscurantismo en la religión” o las Erik Ravelo en “Os intocáveis” que muestran imágenes de niños y niñas crucificados por sus supuestos opresores.

Protagonizan protestas como las del colectivo LGTB en Sao Paulo (2015); también la publicidad se vale de ellas, o simplemente son recursos para espectáculos carnavalescos.